

Juan José Millás y la prostitución

PÉTER SZIL Budapest, 4 SEP 2005

Leo [“Mujer, madre y prostituta” \(EP\[S\] 4/9/2005\)](#) y la primera frase que me viene a la mente es precisamente el título de un estupendo libro del mismo Juan José Millás: “Hay algo que no es como me dicen”. En este libro el autor es acompañante y eco del proceso a través del cual Nevenka Fernández descubrió cómo se denominaba aquello que estaba viviendo: acoso, acoso sexual, y tuvo el valor de denunciarlo. En su artículo Millás hace un viaje en el sentido opuesto: todo lo que describe es real, pero nos aleja de la verdad.

El autor pasa un día con Marga, la “señora prostituta” a quien él mismo caracteriza como “la antiprostituta”. Ésta, sin embargo, le demuele meticulosamente “el estereotipo” de la prostituta que él tenía en la cabeza. Tan meticulosa es la demolición, que Millás acaba confundiendo estereotipo con lo típico y socialmente representativo. Es como si alguien hubiera ido a pasar un día en la cabaña del Tío Tom y acabaría tomando posición en la disputa de regularización versus abolición de la esclavitud a base de lo que su anfitrión le haya contado. ¿O acaso no sabe Millás que la realidad social de la prostitución no son las prostitutas vocacionales y conversacionales, militantes de la regularización, sino un 90% de personas, a menudo niñas, traficadas con engaño y violencia? Si ya no se ha tomado la molestia de contrastar las opiniones pro-regularización de las que ingenuamente se hace eco en su artículo, por lo menos hubiera podido leer „El año que trafiqué con mujeres” de su colega Antonio Salas, que, a diferencia de él, describe en que consiste en realidad el “trabajo” de una persona prostituida.

Por si Millás quisiera retomar el reto de este tema tan espinoso, hay en su artículo un hilo completamente dejado de lado: “La gente cree, me explican, que hay prostitución porque hay prostitutas, cuando el núcleo de este comercio es el cliente, el hombre, al que apenas se menciona en los discursos sobre la prostitución.” Si Millás se propusiera tirar de ese hilo, podría descubrir que la prostitución sí es violencia de género, ya que el cliente consigue de la persona prostituida (que no ha elegido tener sexo con él) algo que de otra manera no podría conseguir sino con violencia, por mucho que el prostituidor (y con él la sociedad) oculte ante sí mismo el hecho de la violencia interponiendo el dinero y una infraestructura, mayoritariamente manejada por proxenetas mafiosos. Lo que las personas prostituidas están obligadas a vender, y lo que el propio Millás llega a denominar “sexo cotidiano”, no es otra cosa que la institucionalización de una visión en que seres humanos –mujeres– son reducidos a unos orificios con los que sus compradores hacen lo que les da la gana (o si de verdad eso

es el sexo cotidiano de Millás, mis condolencias para su mujer). Confrontar, como hombre e intelectual comprometido, esa visión, sería de la talla del autor de “Hay algo que no es como me dicen” que tuvo el valor de revelar como unos modos universales y ancestrales que atentan contra los derechos humanos y la dignidad de las personas son consentidos en la práctica (muchas veces hasta por las víctimas) y que para romper con eso los “casos Nevenka” tendrían que convertirse en los “casos Ismael Álvarez”.

Péter Szil

www.szil.info